

— El mio está á la puerta, y á la disposicion de Vuestra Señoría.

Privado el duque de todo medio de evasion, tomó un vaso de la mesa, y suplicó á sus amigos continuaran su diversion todo el tiempo que gustasen. — Creo, les dijo, que volveré muy pronto, y sino me despido de vms. con el brindis ordinario : — ¡A que nos veamos aqui el primer lunes del mes próximo los que hasta entonces no estemos ahorcados!

Este brindis se dirigia principalmente al genio de muchos convidados, pero el duque no pronunció estas últimas palabras sin pensar en el destino que podia prometerse, si Christian le hubiese hecho traicion. Vistióse luego aunque de prisa para presentarse en la corte y subió en el coche de Chiffinch dirigiéndose con él á Whitehall.

## CAPITULO IX.

- « Gran fiesta la corte daba,
- « Dulce nectar en los pechos
- « Bajo sus dorados techos
- « Vida y gozo derramaba :
- « El bailaria desplegaba
- « Sus gracias : el jugador
- « Arriesgando á la mayor
- « Un monte de oro, reía,
- « Si ganaba, y si perdía ;
- « Que allí es vicio el mal humor,
- « Y tiene tanta elocuencia
- « El aire de un real salon,
- « Que predica la paciencia
- « Mejor que el mejor sermon. »

*¿ Por qué no venis á la corte ?*

La tarde de aquel dia mismo tenia Carlos su corte en el cuarto de la reina á una hora determinada y en ella recibia personas especialmente convidadas, que no eran de la clase primera de sus súbditos, sin excluir por eso la nobleza privilegiada por su nacimiento, ni á los

cortesanos que tenían entrada por sus destinos.

Uno de los rasgos del genio de este rey que le hicieron personalmente popular, y que retardó hasta otro reinado la caída de su familia, fué que desterró de su corte una parte de aquella etiqueta y ceremonia con que antes se trataban los reyes. Conocía todas las gracias de su buen natural, y se fiaba en ellas, muchas veces con razon, para borrar las malas impresiones causadas por hechos que, como él sabía muy bien, no se podían justificar ni con respecto á la moral, ni á la política.

Hallábase al rey por el día muchas veces solo ú acompañado de una ó dos personas; y se sabe la respuesta que le dió á su hermano un día que le representó lo mal que hacía en exponer así su persona : — Creeme, Jacobo, le dijo él, nadie me matará para hacerte rey á ti.

El mismo Carlos pasaba parte de las noches con frecuencia, como no las destinase á sus diversiones ocultas, en medio de personas que tenían algun derecho, por leve que fuese, á formar parte del circo de la corte. Esto mismo

sucedió la noche de que hablamos. La reina Catalina se habia ya propuesto un sistema con respecto á las infidelidades del rey, habia ya mucho tiempo que no mostraba ni la menor señal de zelos, manifestándose al parecer tan libre de esta pasion, que recibia en su tertulia sin escrúpulo alguno y aun con bondad, á las duquesas de Portsmouth y de Cleveland, con otras damas que, sin haber sido favoritas reconocidas como aquellas, tenían sin embargo la fama de haber reinado como de paso en el corazón versatil del príncipe. Se habia desterrado toda ceremonia incómoda de una sociedad compuesta de tales gentes, y se veían al mismo tiempo sino los mas circunspectos á lo menos los mas ingeniosos cortesanos que nunca se habian reunido alrededor de un monarca. Habiendo tenido parte muchos de ellos en las desgracias, necesidades, placeres y locuras de este príncipe durante su destierro, habian adquirido una especie de licencia privilegiada, que le hubiera sido bien difícil reprimir, aun cuando su genio le hubiera permitido quererlo, luego que llegó á la época de su prosperi-

dad. Pero esto era en lo que Carlos pensaba menos. Sus modales, siempre acompañados de dignidad, le ponían al abrigo de las faltas de respeto, y no admitía otro correctivo á un exceso de familiaridad que el suministrado por la viveza de su entendimiento.

Hallábase perfectamente dispuesto en esta ocasion para disfrutar de la escena que se le habia preparado. La muerte singular del mayor Coleby de que habia sido testigo, publicando á sus oídos como campana que suena por un instante, la negligencia con que habia tratado á un hombre, que todo lo habia sacrificado por su rey, le hizo padecer un verdadero dolor. Pero en su opinion al menos, habia expiado completamente esta falta, por el trabajo que se tomó en intervenir á favor de sir Geoffrey Peveril del Pico y su hijo, cuya libertad miraba él no como una excelente accion en sí misma, sino como efectuada de un modo muy excusable por la situacion critica en que se hallaba, por mas que pudiera decir el grave duque de Ormond. Advertía en sí una especie de satisfaccion de que habian ocurrido en las ca-

lles de la ciudad algunas turbulencias, y que un cierto número de los mas violentos fanáticos habian estado en sus conventículos, en virtud de una convocacion repentina, para informarse, como decian sus predicadores, de las causas del enojo del cielo, y de la marcha retrógrada del tribunal de justicia, que habia sustraído del justo castigo á los sanguinarios fautores de la conspiracion de los papistas.

El rey, lo repetimos, al parecer oía con gusto estos detalles, aun cuando se le recordaba, el caracter peligroso de los que propagaban tales sospechas. — ¿Me acusará alguno ahora por haber abandonado los intereses de mis amigos? decia con una satisfaccion interior. He aquí el peligro á que me expongo, y aun el riesgo que corre por mi causa la tranquilidad pública librando á un hombre que no he visto hace veinte años, excepto el dia en que vino con cinturon y bandolera para besarme la mano como lo han hecho otros muchos Caballeros despues de mi restauracion. Dicen que los reyes tienen los brazos largos, creo muy

bien que no les sería menos necesaria una memoria larga, pues que se les exige tengan los ojos fijos en todos los que han mostrado buena voluntad gritando viva el rey, y que ellos los premien.

— Todavía son menos razonables los pícaros, le respondió Sedley, porque no hay uno que no crea tener derecho á la proteccion de Vuestra Magestad, cuando tiene de su parte la justicia, haya ó no gritado *viva el rey*.

Sonrióse Carlos, y se adelantó al otro extremo de este magnífico salon, donde se reunia todo lo que, segun el gusto de la época, podia contribuir á pasar el tiempo del modo mas agradable.

A un extremo habia un grupo de mozos y mozas oyendo á nuestro antiguo conocido Empson quien tocando su caramillo y desplegando sus talentos acompañaba á una joven sirena, cuyo corazon le palpitaba de temor y gozo cantando á presencia de toda la corte la hermosa cancion que comienza :

Siendo joven por demas,  
Y en el amor tan novicio,

Dime, como alcanzarás  
De algun amante el cariño, etc.

Estaba tan acorde el eco de la voz con los versos del poeta erótico y con el compas agradable que el célebre Purcell habia compuesto para la letra, que se reunieron los hombres al rededor de ella como extasiados, al tiempo que la mayor parte de las damas creian les era debido fingir no hacian mérito de la letra, retirándose del corro sin afectacion. Despues del canto se siguió un concierto ejecutado por lo mas escogido de los músicos, en lo que se habia ocupado el rey, cuyo gusto era indisputable.

Los cortesanos de una edad madura, sentados á diferentes mesas en el mismo salon, sacrificaban á la fortuna, empleándose en juegos de suerte tal como el hombre, la banca, etc. Los montones de oro puestos delante de los jugadores aumentaban ó disminuian, segun que las cartas ó los dados los favorecian mas ó menos. Una sola jugada exponia muchas veces mas de una renta de un año sobre el mas bello dominio. Hubiera estado mejor emplea-

da esta suma en reparar los daños que habia ocasionado la artillería de Cromwell á los muros del castillo. Hubiera podido abrir los manantiales del bien estar y de la hospitalidad, agotados en la presente generacion por las multas y confiscaciones, y que estaban entonces en riesgo de secarse para siempre á causa de la incuria y prodigalidad.

Ademas bajo pretexto de mirar el juego ó de oír la música, petimetras amables y jóvenes cortesanos se ocupaban en galanterias con toda la libertad de aquel siglo de licencia, y los observaban de cerca las viudas y mugeres mozas desgraciadas por la naturaleza, que por lo menos querian gozar del gusto de espiar las intrigas en que no podian tomar parte, y tal vez de prepararse el consuelo de hablar de ellas.

El alegre monarca iba de mesa en mesa, ya mirando y siendo correspondido de una belleza de la corte, ya chanceándose con algun cortesano chistoso, ya llevando el compas al oír la música, algunas veces ganando, y otras perdiendo algunas piezas de oro en la mesa de

juego que le cogia mas cerca; mostrándose por todas partes el mas contento de todos los concurrentes, el compañero mas franco, el hombre de todo el mundo que mejor haria su papel, si la vida no hubiese sido mas que un banquete continuo, y si no fuera otro el fin de ella, que gozar de lo presente y pasar el tiempo lo mejor posible.

Pero no hay nadie menos exento que los reyes, de la suerte ordinaria de la humanidad, y Seged, rey de Etiopia, no es el único monarca que haya reconocido cuan poco se puede hacer cuenta con un dia, con una hora de serenidad libre de nubes. Llegó de repente un Camarero á decir á Sus Magestades la llegada de una Señora que no queria anunciarse sino como una par de Inglaterra y pedia permiso para presentarse.

— ¡Eso es imposible, exclamó la reina con prontitud, ninguna par del reino tiene derecho á los privilegios de su rango sin dar á conocer su nombre y su título.

— Juraria, dijo un señor de la corte que es alguna pasada de la duquesa de Newcastle.

El camarero que habia traído el recado, dijo que él creía muy bien que era la duquesa misma, tanto á causa de lo singular de su pretension, como que su acento era extranjero.

— ¡Siga la broma, exclamó el rey, dejémosla entrar; Su Señoría es una verdadera pieza curiosa, una mascarada completa, y su cabeza un hospital de Bedlam, porque sus ideas son otras tantas manías, cuya locura amorosa y letrada no sueñan mas que Minerva, Venus y las Musas.

— El gusto de Vuestra Magestad es una ley para mí, dijo la reina; pero yo creo que no se espera converse yo con una muger tan extraña. Cuando estuvo la última vez en la corte, — Isabel, dijo ella á una de sus damas de honor que era portuguesa, vm. no habia vuelto de nuestro querido pais de Lisboa, — Su Señoría, dijo con seguridad que tenia derecho de llevarme la cola hasta mi cuarto. Y como no se hizo alto á semejante pretension, ¿que le parece á vm. hizo ella? Desplegó una cola tan larga que todavía quedaban tres varas mortales de raso liso bordado de plata en la antecámara,

cuando ella estaba conmigo al otro extremo del salon, la llevaban cuatro muchachas. ¡Treinta varas de raso empleadas en esto por la locura de Su Señoría!

— Pero las muchachas caudatarias eran excelentes mozas, como soy, dijo el rey; no se ha visto cola semejante, como no sea la del gran cometa de 1566. Sedley y Etherege nos han dicho maravillas de estas muchachas; porque la tal moda introducida por la duquesa, tiene la ventaja de que quien lleva una cola como esta, no puede saber lo que pasa entre las que se la llevan.

— ¿Vuestra Magestad quiere decir que puede pasar adelante la tal señora? dijo el camarero.

— Sin duda, dijo el rey, si tiene derecho á este honor. No seria malo preguntarla su nombre, porque hay en el mundo otras locas ademas de la duquesa de Newcastle. Yo iré á la antecámara para saber la respuesta.

Mas antes de llegar el rey al medio del salon sorprendió el camarero á cuantos componian la asamblea anunciando un nombre de que no